

PARTE SESTA.



PASO PRIMERO.



UNA HISTORIA.

La desventurada Estrella.
Cubierta de luto y llanto,
Viene á explicar el quebranto
Que el cielo derramó en ella
(*La Estrella de Sevilla*)—LOPE DE VEGA.

En México la luz vieron primera
Mis ojos, sí, radiante luz y clara;
Mas que tras su esplendor, oscuras nubes,
Del dolor mensajeras, ocultaba.

Dorada cuna con adornos bellos,
Y con esmero sin igual labrada,
En mi niñez mi cuerpo sostenia,
Y madre cariñosa me cuidaba.

Los bienes de fortuna eran inmensos,
Que mi familia entonces disfrutaba;
Y único fruto, yo, de sus amores
A completar llegé su plácida.

Así llegué á la edad en que la vida
En la infeliz mujer de pronto cambia:
Edad de sensaciones, puras, tiernas,
En que busca un objeto puro el alma.

Objeto que su pecho diviniza,
Porque es divino el fuego que le embarga;
Y que cual á su vida, tierna adora,
Porque forma su vida aquello que ama.

Objeto que aun no vé; mas cuyo encanto
Siente, sin conocer, dentro del alma:
Encanto indefinible, santo y puro,
Cual tambien su pasion es pura y santa.

Y esta pasion que amor la llama el hombre,
Hermosa como el bien tras la desgracia;
Como al que vive en extranjero suelo
El fiel recuerdo de la madre patria,

Yo la sentí; yo la sentí, señora,
Con todo su poder y su pujanza:
Yo la sentí desde el instante mismo
En que de un hombre oí tiernas palabras.

Era un mancebo de presencia hermosa,
De rostro varonil, de suma gracia,
Que siempre centinela noche y dia
Era de mí, pues por do quier le hallaba.

En misa, en los paseos y el teatro,
 Constante me seguia con tierna ansia,
 Hasta que al fin, en un papel mostróme
 Todo el amor de su ardorosa alma.

Yo sentí palpar con fuerza el pecho
 Al abrir, con temor, la amante carta;
 Y al recorrer sus líneas amorosas,
 No sé lo que sentí de dicha mágica.

Mas ¡ah! me acuerdo que besé mil veces
 Aquellas letras por mi bien trazadas,
 Y que en respuesta le mandé un billete,
 Diciendo que le amaba cual me amaba.

Esta declaracion, confesion cierta
 Por la pasion indómita arrancada,
 De júbilo llenóle; y desde entonces
 Rondando siempre le miré mi casa.

Y mas tierno y amante cada dia,
 Y siempre ponderándome la llama
 En que su fino corazon ardia,
 Mi razon trastornó, cautivó mi alma.

Mas ¡ah! mis padres que á saber llegaron
 Nuestro cariño ardiente y nuestras ansias,
 Quisieron apagar el fuego vivo
 Que de entrambos los pechos abrasaba.

Y á un criado ya anciano que tenian,
 Le encargaron constante vigilancia
 Sobre nosotros, para que á mis manos
 Jamás llegase una amorosa carta.

¡Encargo bien fatal...! ¡ah! no sabian
 Que aquella fuerte y dura vigilancia,
 Solo servia á que creciera impia
 La pasion que en mi pecho se albergaba.

Era querer cubrir la hogera ardiente
 Que al cielo eleva sus terribles llamas,
 Con secos palos, que si bien la ocultan,
 La dan despues mas hórrida pujanza.

Si, viendo que imposible era el hablarnos
 Ya por sentidas é inocentes cartas,
 Convenimos en vernos por las noches
 Dentro mi alcoba, sin temor de nada.

Para el efecto, cuando en dulce sueño
 Todos tranquilos, ciegos, descansaban,
 El balcon yo le abria con sigilo,
 Al cual subia fiel por una escala.

Allí, sí, los dos solos, embriagados
 En ese ardiente amor que nos halaga,
 Las horas sin sentir, amor jurándonos,
 Rápidamente con placer pasaban.

Mas ¡ah! una noche... con dolor recuerdo
Que en sus manos las mias estrechaba;
Tanto amor me juró: que yo "te adoro,"
Le decia tambien sin paz ni calma.

Entonces á sus labios, delirante,
Llevó mis manos, las besó con ansia,
Y yo sentí sobre ellas que caian,
Las que él vertia, abrasadoras lágrimas.

"¡Matilde...! mi Dios eres," me decia:
"Tú eres el alma de mi amante alma:
"Tú eres mi vida...el mundo...el cielo amado..
"Mi corazon, mi corazon te ama!..."

Y esto al decir, contra su pecho amante
Que con fuerza latia extraordinaria,
Sin hallar resistencia en mí ninguna,
Frenético de amor ¡ay! me abrazaba...

Y yo desfallecida, ya sin fuerzas,
Sintiendo sensaciones dulces, plácidas,
Con los ojos cerrados por la dicha,
En la region celeste me juzgaba.

"¿Me amas? ¿Me amas, Matilde? me decia:
"¿Como te ama mi pecho el tuyo me ama?"
Y yo: "sí, sí, te adoro," repetia:
"Te adoro y tuya soy en cuerpo y alma..."

—Matilde, soy feliz: ante el Eterno
Que escucha en este instante mis palabras,
Juro tu esposo ser; ya nada temas,
Un lazo indisoluble ya nos ata.

Y acercando sus lábios á mi frente,
Que cual el sol flamíjero abrasaban,
Un ósculo imprimió sobre ella, amante,
Y en sus brazos con fuerza me estrechaba.

¡Ah! momento fatal al par que dulce...
Mi vista por momentos se apagaba,
Y ya sin voluntad propia y sin fuerzas,
Por su encanto miréme sojuzgada.

¡Suya fuí...! suya fuí... me hallé culpable
Cuando de nuevo la razon cobrara...
Fué un enagenamiento, fué un delirio,
Que en cámbio del honor me trajo lágrimas...

"¡Matilde, adios," me dijo! cuando el dia
Por el rosado Oriente se asomaba:
"Adios, hasta la noche; pronto el cielo
"Premiará mi pasion y tu constancia."

"Adios, le dije yo: tú eres el dueño
"Del tesoro mayor que yo guardaba:
"Ser mi esposo has jurado ante el Eterno...
—Y lo juro otra vez, Matilde amada."

Y otra vez en sus brazos estrechándome,
Salió de allí sin que advirtieran nada:
Y yo sola quedé de temor llena,
Porque siempre el temor sigue á una falta.

¡Ah! Perdonad, señora, si ha llegado
De oírme á horrorizarse vuestra alma;
¡Mucho he sufrido por aquel delito
Que borrar he querido veces tantas!

Ser mi esposo juró: yo era muy niña,
Y eran tan tiernas todas sus palabras...
¡Infame! ¡ay! no creí que en sér tan bello
Se pudiera encerrar tan vil infamia...!

Yo creí que el amor era del cielo
Emanacion divina, sacrosanta...
Ultimo toque que el Señor dá al hombre,
A quien hizo á su misma semejanza.

Yo creí que el amor era una parte
De nuestra misma vida, de nuestra alma;
Y no creí que cosa tan perfecta
Se pudiera fingir, por mi desgracia...!

¡Ay! no sabia yo: no, no sabia
Que hay almas viles sucias y gastadas,
Que hasta las heces, los placeres todos
Han apurado y que no creen en nada...!

Mi tierno corazon la vez primera
Era que aquel encanto disfrutaba;
Y solo amar, y solo amar sabia
Con la pasion mas fiel y extraordinaria.

Con ese amor que la mujer tan solo
Sabe sentir, porque sensible es su alma;
Con ese amor, cual la inocencia, puro,
Con que ama la mujer al hombre que ama...

¡Ah! por eso engañarnos es tan fácil
Cuando por vez primera las palabras
Escuchamos del hombre que nos jura
Amor eterno, amor á nuestras plantas.

Que le vemos constante noche y dia
Enfrente, con afan, de nuestra casa;
Y que para rendir nuestro albedrío,
Finje el impío hasta amorosas lágrimas...

Mas, perdonad, señora: no, no trato
De hacer menor mi irreparable falta...
Soy muy culpable, sí, soy muy culpable,
Y debo ser de todos despreciada..!

Y despues de enjugarse el tierno llanto,
Que el recuerdo pasado le arrancara,
Prosiguió de esta suerte, interrumpiendo
Con algunos sollozos sus palabras:

Por ocho noches prosiguió marchando
A mi alcoba fatal, donde hasta el alba,
Gozando del amor mas vehemente,
Las horas para entrambos iban rápidas.

Mas ¡ah! en vano esperé en la novena:
En vano abrí el balcon por si él llegaba,
Y esperé con afan la noche toda
Sin un momento disfrutar de calma.

La aurora vi llegar, y ya perdida
De que me fuera á ver toda esperanza,
Sobre mi lecho me arrojé llorosa,
Lamentando, infelice, mi desgracia.

“Habrá estado ocupado,” me decia
A mí misma, queriendo la esperanza
Retener en mi pecho, que afligido,
Desvanecerse su ilusion miraba.

Mas ¡ah! llegó la noche... noche triste
Para mí, y tan cruel cual la pasada...
Y otras y otras despues la sucedieron
Sin que mi esposo, por mi mal, llegara.

Entonces conocí mi ligereza:
Entonces conocí, sí, cuan incauta
Es la mujer que crédito y firmeza
Da del hombre fatal á las palabras.

Entonces conocí que ya perdida
Yo para siempre sin remedio estaba;
Y la tristeza, y el dolor, y el llanto,
Y los remordimientos me mataban.

Mas para que mis padres no supieran
De aquesta hija infelice la desgracia,
Risueña ante ellos me mostraba siempre.
Aunque á solas despues vertia lágrimas.

Así tres meses los pasé sufriendo
Y sin cesar llorando mi desgracia;
Hasta que conocí que el fruto mísero
De mi deshora en mi interior llevaba.

¡Ay! esto fué cruel... este fué el dia
En que morir creí...! miré cerradas
De la felicidad todas las puertas...
Y vi mi porvenir negro y sin calma.

Era preciso huir; era preciso
Ocultar á mis padres tanta infamia:
Era preciso abandonar por siempre
Aquella de recuerdos dulce casa.

Con tal resolucion, guardé afanosa
En una fina, aunque pequeña caja,
Todo el dinero que adquirir yo pude,
Y todas mis riquísimas alhajas.

Mas ¡ay! ¡cuánto sufría...! ¡cuántas penas
Y cuántas de dolor penas amargas
Sufría el corazón tierno, á medida
Que de huir el instante se acercaba.

Triste, ya sin salud, con el recuerdo
De la vida infeliz que me esperaba,
Me sentía morir; mas la vergüenza
Para huir nuevas fuerzas me prestaba...!

Mi cariñosa madre al verme enferma,
En aliviar mis males se esmeraba;
Mas ¡ay! el corazón era el enfermo,
Y los cuidados de ella me mataban.

Así el día llegó, día tremendo
En que iba á abandonar mi amada casa;
Y quise ver ¡ay Dios! por la vez última
A mi madre infeliz que tanto amaba.

—¿Qué tienes, hija mía...? ¿por qué ocultas
A tu madre tus penas y tus ansias?
Abreme el corazón ¡ah! tú padeces,
Y me haces padecer por mi desgracia...

Antes alegre y siempre cariñosa,
Nada tu pecho amante me ocultaba;
Y hoy, recelosa, de mis ojos huyes,
Y te sorprende derramando lágrimas.

¿Temes algo de mí? ¿Crees que no te amo
Con el amor, Matilde, que te amaba?
¿O ya soy para tí, oh hija querida,
Una persona, por mi mal, estraña?

Al oirla así hablar, sentí en mi pecho
Una opresión aguda, estraordinaria;
Y sentí que el valor y que las fuerzas
Para dejar mi hogar, me abandonaban.

Eran tan tiernas, ¡ay! eran tan dulces
En aquellos momentos sus palabras,
Que en un acceso de cariño ardiente,
Me arrojé á confesar todo á sus plantas.

“¡Madre, madre, perdón! dije, besando
Sus manos con ardor... ¡soy desdichada...!
Ah! no me maldigais... bastante sufro...
¡Y muero si el amor vuestro me falta!”

—¿Que te perdone yo? ¿De qué, hija mía?
Perdón no necesita, no, una santa;
Ven á mis brazos, ven; yo soy tu madre,
Y tú la gloria y el placer de mi alma.

Sé que has sufrido mucho; sé que has hecho
Un grande esfuerzo en sofocar la llama
De ese amor vehemente, tierno y puro,
Que á un mancebo arrogante consagrabas.

Mas, tú serás feliz: esa obediencia
Al precepto de un padre que te ama,
Sin premio Dios no ha de dejarlo nunca,
No; tu obediencia la verás premiada."

¡Ay! no tuve valor para mostrarle
El engaño fatal en que se hallaba,
Y silencio guardé, temiendo entonces
Causar su muerte con mi negra mancha.

La abracé, la abracé; besé su frente
Llena de afán, sin pronunciar palabra;
Y por la vez postrera: "¡madre mía,
"La dije, os amo, os amo con el alma..."

Ella á su seno entonces estrechóme,
Besó con sumo amor mi frente pálida,
Y, "alegre muéstrate, me repetía,
Alegre cual un tiempo te miraba..."

¡Que me mostrase alegre, cielo santo,
Cuando el dolor mi pecho desgarraba...!
¡Alegre...! la infeliz no conocía
Mis horribles tormentos y mis ansias!

La pobre no sabía que mis besos,
Y mis caricias, y mis tiernas lágrimas,
Eran la despedida de una hija
Que la iba á abandonar, aunque la amaba.

"Benedicidme, por Dios, sí, madre mía,
Benedicid á vuestra hija desdichada,"
La dije, tras un rato de silencio,
De rodillas poniendome á sus plantas.

—Pero la bendición, ¿por qué la pides?
Me preguntó sin sospechar en nada...
—Es un deseo, madre, es un deseo,
Para que siempre bien desde hoy me vaya.

Y la infelice me bendijo entonces,
Me abrazó y me bendijo sin tardanza;
Y yo me separé de ella, llevando
Un pesar mas cruel dentro del alma.

Entré en mi alcoba, y esperé la noche,
Noche en que á abandonar iba la casa
Donde viví feliz por tanto tiempo,
Hasta que yo labré mi atroz desgracia.

Toda mi ropa la arreglé afanosa;
Y aflijida, y vertiendo tristes lágrimas,
Una carta escribí para mi madre,
Do mi crimen fatal la revelaba.

Cerréla, y en la mesa tristemente
La coloqué con interés, besándola;
Y á salir preparéme cuando todos
En el sueño mas plácido se hallaban.

Pero antes de partir, ante una imájen
De la Virgen María, arrodillada
Oré, pidiendo no me abandonase
En tal momento y en desdicha tanta.

Despues, cojiendo la maleta donde
Mis vestidos tenia y mis alhajas,
Abrí el balcon á donde até una cuerda,
Y por la cual bajé precipitada.

¡Dios mio...Santo Dios! dije al mirarme
En la lúgubre calle solitaria:
Guia mis pasos tú, guia mis pasos;
Por tu sangre te pido sacrosanta.

Y dirigiendo con dolor intenso
A aquella casa la postrer mirada,
Alejéme de allí, temblando, triste,
Ahogando los sollozos dentro el alma.

Era, señora, la ocasion primera
Que sola y en la calle me encontraba;
Así es que sin saber á dónde iba,
Calles y calles, sin cesar, pasaba.

El temor y el delito cometido,
Ponían en mis piés ligeras alas,
Y hacíame que el rostro me cubriera
Por si algun conocido me encontraba.

Mas era tarde, y pocas ó ninguna
Persona por las calles transitaba,
Y en sepulcral silencio en tal momento,
Todo, por mi fortuna, se encontraba.

Así de la ciudad salí, ignorando
El lugar hácia donde caminaba,
Hasta que el sol, al asomar brillante,
El punto me hizo ver dónde me hallaba.

Era de la Piedad el pueblo humilde,
A do la suerte me llevó tiránica,
Y allí con otro nombre viví oculta,
En una que alquilé sencilla casa.

Entre tanto, mis padres aflijidos,
Por do quiera afanosos me buscaban,
Sin que jamas con el retiro dieran,
Donde yo de los hombres me ocultaba.

Donde sola, trayendo á la memoria
La mansion do pasé mi tierna infancia,
Triste vivia sin consuelo alguno
En union de una mísera criada.

Mas ¡ay! al fin fuí madre...sí, fuí madre
De dos niñas hermosas, tiernas, cándidas,
Que á un tiempo al mundo á padecer vinieron,
Aunque tambien á consolar mi alma.